



NUM. 5.

MADRID, 15 DE MARZO DE 1858.

AÑO II.

OBSERVACIONES IMPORTANTES SOBRE EL INGENIO DE BLASCO DE GARAY, FUNDADAS EN LA MAS IMPORTANTE DE SUS CARTAS AL SEÑOR REY Y EMPERADOR CARLOS V.



tenido el competente permiso, me hallaba yo registrando el famoso archivo de Simancas, al propósito de una vasta comision literaria, el año de 1848, y queriendo aprovechar las diversas curiosidades históricas

que por ventura se me viniesen á las manos, hube de tropezar con aquellas, sobre el ingenio de Blasco de Garay, documentos curiosos que el erudito señor don Tomás Gonzalez habia denunciado, adulterando su espíritu, y de los cuales el sabio Navarrete dió cuenta en su famosa *Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, etc., para reclamar en favor de España las primicias del mas famoso invento que en los tiempos que corren se ha logrado.

La diferencia que desde luego advertí entre lo que se atribuia á Blasco de Garay y la realidad de los hechos, me estimuló á recoger sobre el asunto cuantos datos existiesen; con cuyo motivo no solamente he copiado para mis colecciones diplomáticas hasta cuarenta y tres documentos relativos á dicha novedad, sino que anhelando restablecer la verdad en una cuestion histórica de tanto bulto, me dispuse á publicarlos sin pérdida de tiempo.

Hubiéralo hecho, con efecto, por amor á la justicia, si el encargo que inmediatamente recibí de escribir la *Historia de la Marina española* no me aconsejara el reservar aquellos diplomas para ingerirlos en dicha obra como en lugar mas competente; pero abrumado con la

responsabilidad que esta echaba sobre mí, y obligado por otros compromisos que me hicieron viajar al Nuevo Mundo, abandoné á mas peritas manos el tomo segundo de la referida *Historia de la Marina*, antes de que el orden de los sucesos y las reglas de la cronología me hubiesen permitido satisfacer la verdad y arrojar de nuestra conciencia el baldon de la impostura.

No entró en mi propósito el de renunciar para siempre al que de antemano habia acariciado; porque celoso de nuestra honra, y comprendiendo la facilidad con que podría ser lastimada por cualquier extranjero curioso de los que están autorizados para registrar nuestros archivos, si por acaso daba en el de Simancas con los citados documentos, siempre tuve por mas noble el que nosotros mismos deshiciéramos nuestros propios errores, que el que la gente de fuera nos los echase en cara un dia, apostrofándonos á la vez de presuntuosos y falsarios.

En este concepto, y aprovechando la primera ocasion que á la mano se me vino, hace apenas dos años que publiqué en Lisboa cierto opúsculo donde al hablar de los trámites que habia seguido el descubrimiento del vapor aplicado á la mecánica, y mas especialmente á la navegacion, me esplicaba en los términos siguientes:

«Habrase echado de menos el nombre de Blasco de Garay entre los mas famosos que han adelantado las esperiencias del vapor, hasta la perfecta aplicacion que de él se hace en nuestros dias, y la omision parecerá tanto mas notable, cuanto que siendo español este escrito, deberia ser mayor el cuidado de mencionar al ilustre ingeniero, colocándolo al frente de todos los modernos descubridores.»

«De autorizada pluma partió el crédito de Blasco de Garay hasta el mundo de los sabios: como que pregonó su peregrino invento el Excmo. Sr. Navarrete en el tomo primero de la *Coleccion de viajes y descubrimientos*, etc., nada menos que apoyado en una carta del Ilmo. Sr. D. Tomás Gonzalez, tan docto en las preciosidades históricas del archivo de Simancas, como que fue el encargado de su arreglo por el Sr. D. Fernando VII, despues del escandaloso traslado que de él hicieron los franceses cuando la guerra de la Independencia.»

«Pero aun así mi conciencia de historiador, y la veneracion que tengo á la fama universal del Sr. Navarrete, no me permiten disimular la impostura que sorprendió su buena fe, siquiera deje mal parada la veracidad del canónigo. La carta de este en que se apoyó aquel ilustre escritor para reclamar á favor de España las primicias del descubrimiento del vapor, es absolu-

tamente positiva; pero su contenido se debe declarar á todas luces inexacto.»

«No un experimento en Barcelona, sino hasta cuatro se hicieron sobre naves de distinta magnitud en dicha ciudad y en la de Málaga antes, resultando de todos que el ingenio de Blasco de Garay se reducía á un aparato de ruedas semejantes á las que hoy usan los barcos de vapor, el cual se movía á fuerza de brazos, bien que economizándose muchos de los que ordinariamente necesitarían para andar á remo unos buques de tanto porte.»

«Recuerdo bien que en una de sus cartas dice Blasco de Garay al emperador Carlos V que le remite adjunto el plano de su ingenio, y es lástima por cierto que en el trasiego que hicieron los franceses de nuestro archivo general, ó tal vez antes, se haya estraviado aquella traza. Posible es que sobre ella se hayan perfeccionado las aplicaciones del vapor á la navegacion, si como dice mi ilustrado amigo el Sr. D. Gerónimo Lobé, cónsul general de los Países-Bajos en la Habana (1), algunos documentos relativos al invento de Blasco de Garay anduvieron en manos extranjeras; pero siempre conviene asegurar que al buen ingeniero español se le ha atribuido una gloria superior á sus conocimientos físicos, la cual destruye en gran manera cuanto le corresponde por el extraordinario impulso que dió á la mecánica.»

«Yo siento no tener á la mano mis colecciones diplomáticas ni mis libros, de suerte que estoy haciendo de memoria este insignificante trabajo; mas no renuncio á la idea de publicar en la primera oportunidad alguno de aquellos documentos para que sobre datos mas ciertos se conjure toda adulteracion y sea equitativo el repartimiento de la gloria.»

Es muy posible que la intencion manifestada en el último párrafo del escrito anterior no hubiese dejado de serlo hasta que el tiempo y la fortuna me permitiesen dar á luz, ordenadas por materias, mis ya crecidas colecciones de documentos inéditos: salvo si algun arranque de exagerada nacionalidad no me provocaba á la polémica antes de sazón, ó si tareas imprevistas no me obligaban á ampliar aquellas indicaciones. Pero es el caso que habiendo caído el restablecimiento de la ver-

(1) *Mi segundo viaje á Europa*, página 74, donde dice de este modo: «Si es cierto que Fulton fue el primero que en 1807 aplicó el vapor á la navegacion fluvial, abriendo la comunicacion entre Albany y New-York en el rio Hudson, no tiene duda tampoco que el célebre ingeniero español Betancourt que servia en Francia antes de aquel año, comunicó en París el pensamiento de Garay y los planos perfeccionados á unos norteamericanos, que muy probablemente fueron de quienes Fulton los obtuvo.»

dad en las hábiles manos de mis amigos los distinguidos literatos Sres. Ferrer del Rio y Ribot y Fontseré, hicieron con tanto primor, que toda añadidura parece escusada, y bastaría leer una sola vez, ó trasladar como autorizados comprobantes sus excelentes escritos sobre *Blasco de Garay*, publicados en el número 4 de *La América*, el primero, y en los 19, 20, 22 y 23 del *Museo Universal* el segundo, para creer cuanto dicen como artículo de fe, si por desgracia un espíritu harto apasionado y entusiasta no se opusiera á la marcha natural de la justicia con argumentos improcedentes.» —

A juzgar por la réplica que da á este el celoso historiador de Carlos III y de las Comunidades, y del silencio en que el segundo se quedó, parece como que no tienen á la mano de los documentos relativos á Garay, puesto que no creyeron necesitar otra cosa más, que algunos apuntes. Por esta razón y porque los que renlimos culto á las letras, descartando los hechos positivos de los que no lo son, ni siquiera lo parecen, tenemos en mucho la verdad y no pecamos de vanidosos, háme parecido conveniente terciar en ese litigio con las mejores probanzas que pueden ofrecerse, las cuales consisten en la copia auténtica de una de las cartas que Blasco de Garay dirigió al emperador Carlos V desde Málaga en 1540, y en un párrafo de otra que sobre el propio asunto, me escribió el actual señor archivero de Simancas el 24 de agosto de 1849 —

Este voy á anticipar, para que se vea hasta qué punto andan errados los que aceptan como buena la inventiva del canónigo Gonzalez, para poner en tela de juicio las intachables relaciones de los señores Ribot y Ferrer del Rio; que tan esclavos de la verdad procedieron en ellas y tan reputados están como escritores de conciencia, que ó no merecian las ofensas de la duda, ó es forzoso relevarles á todo trance del bochorno de desvanecerla por sí mismos y con testimonios irrecusables.

Cuánto lo sea el entendido señor don Manuel Garcia Gonzalez, actual archivero de Simancas, no hay para qué demostrarlo ahora, el cual en el párrafo de la carta á que aludo, dice así:

«Cuando se dió la noticia de que Garay habia aplicado el primero la fuerza del vapor para dar movimiento á las galeras, hice observar al que la daba que no era cierta; pero no hizo caso de mi advertencia, y como tenia relaciones extensas dentro y fuera de España fue su indicacion bien acogida, etc.»

La carta de Garay que sirve como de complemento á cuanto va dicho hasta aquí para demostrar que en todo habia pensado aquel famoso ingeniero menos en descubrir la fuerza motora del vapor que el canónigo se permitió atribuirle, no necesita mas apoyo que el de su previo registro para confirmarse como buena.

Sustancialmente, hállese ya publicada esta pieza, como todas las demás que forman el expediente de Blasco de Garay, en los artículos ya citados, de manera que poco nuevo enseñará á los que los hayan leído con algun detenimiento. Mas como quiera que la duda está sembrada en la impugnacion que se ha escrito despues en otro periódico de mucho crédito é importancia y que por negativas se han tenido las probanzas de que abundan en sus relaciones los reputados literatos que han reivindicado nuestra honra de una impostura inconveniente, todavía será bien dar á luz el documento susodicho, para que en adelante no se vuelvan á crear obstáculos á la verdad, por el prurito de mantener una gloria que no nos pertenece.

Hé aquí, pues, la carta de Blasco de Garay al emperador, íntegra tal y como existe en mis colecciones diplomáticas, la cual se halla original en el archivo de Simancas, legajo 47 de los papeles de Estado.

«S. C. C. M.—Yo, Blasco de Garay, fuí por mandado de V. M. á Málaga á entender en cierto ingenio de hacer andar los navios en tiempo de calma, y á cuatro de octubre de 1539 años, hice la primera experiencia en una nao de doscientos y cincuenta toneles, vieja y muy pesada, y anduvo la dicha nao con diez y ocho hombres que traían el ingenio, casi una legua por hora, y porque en esta experiencia se quebraron algunas cosas, y otras parecia que embarazaban mucho el navio por dentro, yo dije que las enmendaria todas, y así acordaron los proveedores de S. M. que yo enmendase solas dos ruedas una para cada banda del navio, y que en estas se veria lo que podia ser, porque por dos juzgarían lo que se andaria llevando seis; como en la primera experiencia, que llevaba el navio tres ruedas por banda, que eran seis. Yo aparejé las dichas dos ruedas y lo de dentro que embarazaba mucho, por razón de unas vigas largas conque se movia, recogido en tan poco espacio que casi es nada el lugar que ocupa; porque quité las vigas y seguí otra manera de movimiento y púselo en una nao de cien toneles cargada de trigo, y á cada rueda puse tres hombres que la moviesen, que por todos eran seis, y con esto anduvo media legua por hora medida por sus ampolletas que llevaron los proveedores de V. M., y la misma media legua que habia andado quisieron que la tornase luego á volver á andar, para ver si en la mar habia habido corriente que la ayudase, y volvió la misma media legua puntualmente en otra hora. Despues trujéronla por la marina de una parte á otra, y trujéronla hasta la puerta de las Atarazanas, casi tan cerca de tierra como llegan las galeras, y hizo muchas veces ciaboga mas

presto que una galera. Esta experiencia se hizo á dos de julio de 1540: iban dentro los proveedores de V. M. como ellos escriben, y metieron consigo mas de cien hombres, capitanes de naos, pilotos, marineros y otras personas hábiles para que diesen su voto, entre los cuales iba especialmente Gracian de Aguirre y Noblezia, hombres experimentados en las cosas de la mar, sin otros muchos bateles de gente que iban á la redonda de la nao para ver, y en concordia de todos se dió por la mas útil cosa del mundo y sin inconveniente alguno tanto que con ser la primera experiencia harto ingeniosa, esta postrera la hizo parecer mala, por ser mas fácil y ocupar tan poco lugar, que con muy poquitas tablas se podria encubrir el arte de dentro que nadie la viese, demás de otras muchas ventajas que hizo á la primera en ser de menos costo y menos violencia, y que durará mas que el navio donle fuere; porque este ingenio se podrá quitar y poner ligeramente cuando fuese menester, ó para ir á la bolina, ó por algun tiempo fuerte que entrase. Los proveedores de V. M. pienso que embian la informacion de todo esto: Yo embio á V. M. una traza de esta última experiencia, que es una media nao con solas dos ruedas á la proa, no sé si por ella se entenderá algo: y porque los dichos proveedores no quieren testificar de mas de lo que vieron, dejan á mi cargo lo demás, así de lo que pienso hacer en el mismo ingenio, acrecentándole algunas cosas que le pueden ayudar, como la cuenta y razón de lo que pienso que anlarán los navios que fueren mas gruesos que este en que vieron la experiencia; y para dar esta cuenta ha de presuponer V. M. que para solo este efecto de andar los navios podrian bastar seis hombres, como se vió en esta última experiencia, y cuatro como yo ofrecí en la petición que á V. M. di en Toledo, y sino hubiese mas de dos hombres, estos creo que la menearian en una calma; mas para andar cosa de cantidad que pudiese servir en una navegacion, ha menester mas gente, y tanta mas, cuanto hubiere de andar mas. Por eso daré aquí á V. M. dos suertes de navios, que cualquiera de ellas es de harto provecho, y se puede con ellas navegar una larga navegacion en tiempo de calma: y puesto que añadiendo la gente y las ruedas se podria añadir en el andar, pareceme que por el embarazo de los navios no es menester añadir en los ingenios ni en la gente, sino fuese sobrada; porque á no mirar este miedo se podria añadir, pues tomando lo razonable habiendo respecto á todo, me parece que se podrá hacer lo siguiente:

Primeramente, para que un navio ande mas de legua por hora y que este mas sea una conocida ventaja, há menester la gente siguiente:

Para una nao de cien toneles doce hombres.
Para una nao de ciento y cincuenta toneles diez y seis hombres.

Para una nao de doscientos toneles veinte hombres,
Para una nao de doscientos y cincuenta toneles veinte y cuatro hombres.

Para una nao de trescientos toneles veinte y ocho hombres.
Para una nao de trescientos y cincuenta toneles treinta y dos hombres.

Para una nao de cuatrocientos toneles treinta y seis hombres.
Aquí ha de notar V. M. que no doy mas gente para mover estos navios de la que suele ser menester para los bateles de los mismos navios.

Pues para que estos navios anden mas de legua y media por hora y que este mas sea una conocida ventaja, han menester la gente siguiente:

Para una nao de cien toneles diez y ocho hombres.
Para una nao de ciento y cincuenta toneles veinte y cuatro hombres.

Para una nao de doscientos toneles treinta hombres.
Para una nao de doscientos y cincuenta toneles treinta y seis hombres.

Para una nao de trescientos toneles cuarenta y dos hombres.
Para una de trescientos y cincuenta toneles cuarenta y ocho hombres.

Para una de cuatrocientos toneles cincuenta y cuatro hombres.—
Aquí ha de considerar V. M. que aunque va crecido el número de los hombres mas que en los navios de mas de legua, no es tanto el crecimiento que en cualquiera navio no haya gente para ello de solos marineros y grumetes que los dichos navios han menester para solo navegar; cuanto mas que siempre van otras gentes en los navios, que holgarán de ayudar en tiempo de necesidad, como ayudan á la bomba y al cabestrante, porque para este ingenio no son menester hombres diestros como para el remo, y habiendo abundancia de hombres podrán andar estos navios mucho mas que aquí he puesto. Y así mesmo si faltasen hombres de los necesarios, con pocos ó muchos, los que hubiese, navegaria mas ó menos segun el número de los hombres; que no es pequeña comodidad; que habiendo muchos hombres todos puedan servir en una necesidad, lo cual en los navios de remo, no se puede hacer, en especial en la galera que no caben mas remeros de los que van, y esos han de ser muy diestros como dicho tengo.

Así mesmo ha de entender V. M. que esto que he dicho que andarán estos navios con los hombres que á cada uno he puesto, será yendo la gente trabajando á

toda furia, como cuan lo la gente de una galera va dando caza á una fusta, y porque este trabajo no le podrán sufrir sino en un apretón de dos ó tres horas para caminar de esta manera, ó será menester gente de remuda, ó que descansen como hacen las galeras; mas queriendo trabajar lo razonable, y aquello que podrán sufrir todo el día, no andarán tanto como arriba he puesto, aunque creo que caminarán bien; y esto será segun quisieren trabajar poco ó mucho, como en todos los otros trabajos, porque en este ingenio pueden trabajar mucho ó poco como quisieren, porque no obliga á poner siempre mucha fuerza como los que suben peso; en fin, en este caso es como el remo.

Así mesmo esto que he dicho que anlarán estos navios, se ha de entender en calma y sin corriente de mar, porque puesto que contra la corriente pueden navegar como ya se ha experimentado, todavía pierde de su navegacion, por causa de la corriente, mas ó menos segun la corriente fuere; aunque ha de saber V. M. que estos navios resisten mejor á la corriente que al viento contrario, al revés de la galera que resiste mejor al viento contrario, sino es mucho, que á la corriente: porque la galera tiene mas debajo del agua que encima, y la nao tiene mas volumen encima del agua que debajo, por ser alta de borde, y de popa y proa, donde hace mucha fuerza el viento; aunque si el viento no es mucho todavía proejan contra él, y mas proejarán las que anduvieren á mas de legua y media, que las que anduvieren á mas de una.

Dejado, pues, ya aparte esto de los navios de alto bordo y viniendo á las galeras, que son navios largos y mas dispuestos á hender el agua que las naos, á lo que yo alcanzo, por las experiencias hechas así públicas, como otras que yo he hecho particulares que de buena razón no me pueden faltar, se podrá hacer en ellas lo siguiente. Una galera de las que al presente reman veinte y cuatro bancos por banda, que ha menester ciento y cuarenta y cuatro hombres de remo, ha menester de estotra manera solamente la cuarta parte, que es treinta y seis hombres, y ganarse ha todo esto; lo primero que de una galera se hacen cuatro; lo segundo que la galera que llevare este ingenio anlará mas que ninguna otra al remo, que es cosa de grande importancia, porque ella alcanzará á otras, y las otras no á ella; lo tercero esta galera podrá llevar medios cañones por las bandas, y muchos mas soldados que lleva y mas libres para pelear, porque no llevará bancos ni cursia, que es grandísimo embarazo, sino una hermosa plaza descubierta, desembarazada de popa á proa mucho mas que al presente está, lo cual no creo que será poco alivio para una necesidad; lo cuarto la chusma de esta galera se podrá despedir hecho el viaje, y no será menester invernarse con ella, porque el mas grosero hombre que tornaren á tomar, sabrá traer este ingenio tan bien como el mas diestro, porque no es mas de traer una cigoñuela á la redonda, y ahorrarse ha V. M. de los gastos del invierno de las galeras y de ánimas que están allí contra justicia penando, que V. M. no lo puede saber, las cuales claman siempre justicia contra los que allí las detienen malamente; lo quinto es lo que arriba dijimos en las naos, que los soldados que allí hubiere podrán ayudar á traer el dicho ingenio para que ande mucho mas, lo cual puede aprovechar mucho en una necesidad contra un viento recio y contra una recia corriente, y contra otros muchos desastres de mar y para alcanzar otros navios, y esto no es de tener en poco cuando el tal caso se ofreciese, lo cual no puede hacer yendo al remo: Y porque aquí podrán algunos decir que estos treinta y seis hombres no bastarán á subir el entena, yo daré ingenio conque la suban aunque fuesen menos, cuanto mas que mucha otra gente hay en la galera que podria ayudar cuando la quisiesen subir á manos como agora la suben.

Y porque todo esto es tan gran cosa como ya V. M. puede ver, porque teniendo V. M. ingenios aparejados para tres ó cuatro suertes de navios, podrá cuando fuere servido tomar los navios que hubiere menester y mandarles poner los ingenios, que se ponen ligeramente, y puesto todo á punto y hecha la gente de guerra que ha de ir en ellos, puede V. M. mandar á la postre de todo, tomar la gente que ha de mover el ingenio, y pagándolos por el tiempo que fuere menester, llevará V. M. una armada de navios de alto bordo artillados que basten á hundir el mundo, sin las galeras que podrá llevar como corredores del campo, que no se les escape cosa que por la mar saliere; y hecha la jornada cuando se despidan los soldados, despedir los movedores del ingenio para que otra vuelta vengán alegremente al mandado de V. M., y de esta manera escusarse han muchos gastos, y V. M. será Señor absoluto de mar y tierra, y servido prestamente; y no como agora, que para meter un hombre que reune en galera se escandaliza el mundo, porque entra para nunca salir sino es por ventura; y porque en esto se le apareja á V. M. un gran servicio, y á mí un trabajo insoportable, como de lo experimentado se me figura, porque las cosas nuevas se hacen con gran dificultad y cuidado, así como con admiracion y casi incredulidad, suplico á V. M. que para que con mas ánimo yo vaya por fatiga tan intolerable, y tema menos los golpes de los envidiosos, y de aquellos que contraminan la ventura de los que Dios favorece, que V. M. sea servido de señalarme las mercedes que

me ha de hacer cuando yo haya cumplido lo sobredicho, y sea de esta manera: que V. M. tome un navío de los que arriba van puestos, cual á V. M. mas agradare, ó de los de á mas de legua, ó de los de á mas de legua y media, y yo me profiero con la gente que á cada uno arriba puse, de hacer que ande lo que tengo dicho, y así mesmo de hacer en una galera lo que tengo dicho, y que no cumpliendo yo lo dicho, V. M. no sea obligado de hacerme mercedes ningunas por ello, pero que cumpliendo yo en la dicha nao que V. M. tomare, y en una galera todo lo que dicho tengo, y de tal arte que no tenga falta por donde se deba dejar de usar de ello, V. M. sea obligado ha hacerme luego las mercedes que me prometié por ello; y no pido esto por dejar de entender despues en los ingenios de otros navíos que arriba he puesto, sino porque en estos dos primeros, así en la nao como en la galera, entiendo descubrir muchos mas primores, que de miedo de hombres que andan á hurtar ajenas invenciones para disfrazallas y llamallas suyas, he callado hasta aquí; y así mesmo de miedo de envidiosos, que de que ven que lo tienen todo en poder, no consienten que nadie medre por ellos; y de estos así los unos como los otros he hallado gran copia todas las veces que he descubierto algo de mi pobre ingenio; por eso suplico á V. M. sea servido que yo conozca mi galardón, y aquello en que tengo de servir, porque de esta manera será mucho mas servido V. M. y mejor. Y entenderé en todos esosoteros géneros de navíos, y en cuanto mas V. M. mandare, despues de hecho esto, como hombre que ya no temerá lo que podrán hacer envidiosos y ruines, porque no terné mas de un cuidado de servir á V. M. no solamente con esto, mas con otras muchas cosas que Nuestro Señor me ha dado á entender en ventura de V. M., que todo lo quiero para su servicio; y suplico á V. M. que en las mercedes que me señalare haga el mismo respecto á mis hijos y descendientes que á mí, y que sea cosa honrosa; que pues el hecho ha de ser nombrado por todo el mundo, de quien espero en Dios que V. M. será presto Señor, se sepa el favor y honra que V. M. dió al que en su servicio lo inventó, que no será pequeña gloria á V. M., y si suplico esto es porque ya esta cosa va fuera de dudas y cuando no saliese lo que prometo, será muy poco menos lo que saliere, aunque en verdad yo pienso que saldrá antes mas que menos, segun las experiencias hechas me prometen; y sino saliere tanto, V. M. quedará sin obligación, y si algunas mercedes me hiciere llamarse han de pura gracia. Dejado, pues, esto aparte, es menester que V. M. se sirva de este ingenio con brevedad, antes que la invencion pueda estenderse por los enemigos, aunque pienso que ella es de cualidad que no tan fácilmente se podrá entender, porque lleva mucha razon y cuenta, mas por sí ó por no, no puede dañar la brevedad; y si esta quiere V. M., es menester que yo sea proveido en Málaga de la misma manera que yo daré por un memorial, cuando se hubiere de entender en ello; porque de otra manera irá la cosa tan á la larga, que V. M. no pueda ser bien servido, y por aventura mi vida puede faltar, qué soy hombre delicado y algo enfermo, y quedarse y ha tan gran secreto por efectuar, puesto que con solo lo efectuado habria oficiales que en alguna manera sirviesen á V. M., aunque en comparacion de lo que queda todo lo hecho es poco, y menos lo que sin mí sabrian hacer.

«No quiero cansar á V. M. con mas razones, sino que de todo esto espero el mandamiento de V. M., cuya Imperial Persona y Señoría Nuestro Señor guarde y acreciente en su santo servicio; de Madrid á 10 de setiembre de 1540—Humilde vasallo que los Reales piés de V. M. besa—Blasco de Garay.»

Si despues de lo dicho todavia alguna inteligencia metafísica se entretuviese en argüir contra la verdad de las cosas, empeñándose en sostener lo que el buen criterio rechaza, y la buena fe de la historia condena, no será yo quien vuelva otra vez por los fueros de la justicia, ya invulnerables en la presente cuestion; antes, dejando á cada cual con sus creencias, si por ventura puede haberlas contrarias á tan auténticos datos, me concretaré á lamentar en silencio los estravíos que causa la pasion, allí donde la critica se subordina á la propia voluntad, y la historia se ajusta á los preceptos de la fantasía.

JOSE FERRER DE COUTO.

ESPOSICION DE PINTURAS EN BARCELONA.

POR LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LAS BELLAS ARTES.

Bajo el sencillo título que precede, algunas ilustradas personas inauguraron habrá media docena de años las exposiciones de que forma serie la presente, sobre las bases de otras establecidas en Italia con provechosos resultados. Compónese esta sociedad de accionistas por una ó mas inscripciones de á cuarenta reales, cuyo producto se distribuye en lotes sorteables á favor de los mismos, pagaderos á su eleccion en pinturas originales, debidas á artistas contemporáneos, socios ó no socios, nacionales ó extranjeros, quienes cobran en dinero el

precio de antemano señalado á la obra electa. El pensamiento no puede ser mas emulativo y ventajoso así para el accionista como para el espositor: aquel, mediante una suma insignificante, tiene opcion á los premios cuyo máximo suele ser de 3 á 4,000 reales, y su mínimo de 300 á 400, siendo raro que á la vuelta de pocos años no salga favorecido con algun lote de una cuantía siempre superior á sus parciales desembolsos; ademas goza entrada libre á las exposiciones, y preferencia en la adquisicion voluntaria de obras espuestas, sin contar la satisfaccion de contribuir al fomento de las Bellas Artes, tan necesario en nuestro país. Los artistas á su vez tienen un medio de darse á conocer, un palenque donde esgrimirse en noble certámen, y un mercado oportuno que garantiza el despacho de sus producciones, cuanto mayor sea el mérito y la importancia de ellas. A proporcion de este crece el aplauso, y de consiguiente la suscripcion y el premio: nada le falta al pensamiento para ser fecundo; lo que le falta es que lo sean los espositores.

Desgraciadamente de parte de algunos adviértese un retraimiento mal aconsejado, capaz de inutilizar los esfuerzos empleados hasta aquí, cabalmente en su beneficio. Profesores de valía que fueron los primeros en acoger la idea, y quizá en recoger sus frutos, retrañan de grado en grado, como tambien algunos jóvenes de verdadero talento, que á estas exposiciones deben buena parte de su crédito. Antes, para el artista, no habia en Barcelona ocasion de ponerse en contacto con el público, pues si bien la Academia de Bellas Artes suele conceder entrada general á fines de mes y de año, las mas veces en estas circunstancias queda cerrada la galería de pinturas y la esposicion viene á ceñirse á los dibujos de los alumnos. Por el contrario, la sociedad de Amigos espone cuadros y pinturas, siendo su base fundamental la competencia, por la libre admision de obras coetáneas, bajo el incentivo del lauro y la esperanza de la remuneracion.

Nadie por cierto negará las ventajas de las exposiciones, mediante las cuales el vulgo aprende á juzgar y el artista á conocerse, sobre todo cuando, como en nuestro caso, milita por ambos lados un interés directo que fuerza al primero á ser justo, y al segundo á ser bueno. Diráenos que la opinion no suele ser el órgano mas seguro de un juicio racional; pero en términos generales lo bueno siempre descuella por mas que el capricho se pague algunas veces de la estravagancia.

Merced á las exposiciones de que tratamos, nombres hasta ahora desconocidos, se han hecho familiares; háse establecido una especie de intimidad entre los aficionados y los artistas, principales ó noveles, y año por año puede seguirse la marcha y crecimiento de sus talentos. Así algunos jóvenes, á quienes no cabe negar disposiciones aventajadas cuales son los señores Mirabent, Fluixench, Serra, Sans, Ferrau, Vallmitjana, etc., etc., se han ido formando hasta constituir un plantel de artistas, tan apreciables como estimados. El primero es una especialidad para flores, que sabe trasladar con un encanto y vaguedad superiores á todo elogio; los tres siguientes son buenos figuristas; Fluixench ricamente organizado para la gran composicion, es hábil en los grupos, espresivo en los ademanes, y de día en día mas severo y correcto; Serra es naturalista, aficionado á los estudios de detall, en cuyo género ha ofrecido excelentes composiciones, bastantes por sí á cimentar su reputacion. Trata igualmente bien el paisaje, aunque en su colorido se nos antoja ver algo del convencionalismo francés, resabio quizá de un profesor que tiempo atrás alcanzó entre nosotros grande boga. Sans empezó por aficionado y acabó por artista de carrera, habiendo pasado á completar sus estudios á París, desde donde en sus trabajos nos revela su aprovechamiento. Ferrau es paisajista, quizá harto ideal en la composicion y en el color, y los hermanos Vallmitjana, escultores recomendabilísimos, que en breve tiempo se han elevado á la gerarquía de maestros. Sus bustos-retratos nada dejan que desear, pero donde mas campea su ingenio á nuestro ver, es en las imitaciones de ciertos tipos, mendigos, campesinos, etc., en cuyas fisonomías, musculatura, ropas, pliegues, nótese un cincel siempre animado, tan valiente en los toques, cuanto verdadero y gracioso en el conjunto. Por iguales dotes recomiendase la figurita de un suicida espirante, debida á cierto joven cuyo nombre sentimos no recordar. Y ya que de escultura nos ocupamos, los trabajos de don Andrés Alen y don José Santigosa, al último de los cuales pertenece la Safo que damos por grabado, no son menos apreciables, revelando en sus autores un ingenio perspicaz. Respecto al señor Padró, que ha espuesto dos crucifijos de marfil regularmente modelados, tiempo hace que tiene hecha su reputacion como buen discípulo de Campeny.

Duélenos deber consignar la ausencia total en la presente esposicion de nombres tan conocidos como los de Lorenzale, Arrau, Peyra y otros. Entre los profesores antiguos solo don Jaime Batlle ha dado muestras de su laboriosidad en ligeras composiciones, retratos y particularmente en un cuadro de caza muerta que hallamos natural, vigoroso y bien acabado. Rigalt ha ofrecido asimismo tres ó cuatro paisajes cuales él solo sabe componerlos, y don Joaquin Planella unos floreros dignos de su experto pincel. El señor Inglada en el cuadro del

beato Oriol, patentiza una vez mas la delicadeza de su ejecucion, y aquella pastosidad en el color, finura de toques y generalmente buen sabor purista, que campea en todos sus lienzos. La fisonomia del ciego curado por el santo Taumaturgo, rebosa en espresion natural y bien sentida. ¿Por qué un joven de tantas esperanzas como don Mariano Fortuny, que en cierto modo fue dirigido en su primer vuelo por la presente sociedad, se abstiene de secundar sus miras, dejando de tomar parte en un certámen que á buen seguro le proporcionaria abundantes lauros?

De las restantes composiciones citaremos un Jesús glorioso, por Grenzer; la Piedad y algunos retratos de Vilarasa; una Virgen, de Campoamor; la Sacra Familia, de Prayer; los fáciles retratos en lápiz de Glycys; unas miniaturas de Vermell, y varias fotografías grandiosas, pero no muy limpias, de don Joaquin Pedrosa. Figuran tambien dos retratos de don Federico de Madrazo que es inútil elogiar, porque llevan en sí mismos su recomendacion, y la fotografia de un cuadro de Clave representando los últimos momentos de la reina Loca, el cual á juzgar por la muestra, debe ser obra sobresaliente.

Númericamente esta esposicion es inferior á otras anteriores; pero generalmente nos parece mas escogida, y entre la bondad de unos objetos, las modestas pretensiones de otros, y el deseo de agradar que todos revelan, no dudamos afirmar que hay progreso, y que pudiendo esperarse mucho de esa estudiosa juventud, seria lástima, por falta de conveniente acuerdo, quitar á sus talentos el fecundo estímulo que semejantes certámenes les proporcionan.

Nos quejamos de falta de artistas y nada hacemos para sacarles de la oscuridad: ¿qué suerte aguarda entre nosotros al que se consagra al sacerdocio del arte? Nadie les da aplauso ni galardón: la mayoría del público desconoce los principios de la estética; el gusto se halla pervertido, ó mejor dicho no le hay, pues no cabe saborear las bellezas del arte sin tener delicadeza de afectos, rectitud de juicio, sentimentalismo, y otra porcion de lindezas incompatibles con nuestro existir prosaico. Abrid vias al ingenio, secundándole en sus manifestaciones; solo así formareis artistas; solo así los artistas formarán á su vez la educacion del público.

Toda persona, cualquiera que sea su profesion y la altura de su talento, no está exenta de incurrir en equivocaciones, de las cuales nacerán otros tantos defectos, si un mejor juicio, propio ó ajeno, no le aparta del escollo. Nada mas falible que el hombre, y esa falibilidad sube de punto en materias de pura apreciacion, como son las de arte, cuyo elemento constitutivo es la belleza, y que por consiguiente dependen de las inciertas reglas de un gusto volandero, ó de los principios asaz indefinibles del sentimiento comun. Nada se nos oculta de las decepciones del artista cuando seducido por una idea, la acaricia y borrona, ya en su mente, ya en el papel, ya atraído por el encanto de la concepcion corre hácia el efecto, tratando de realizar de mil maneras aquel ensueño que le mece, hasta que creyendo poder lanzar la voz de triunfo, arrebatado por su ilusion, no repara en ciertas imperfecciones que el frio observador advierte para formular acaso una critica impremeditada. En este punto practicamos y nunca dejaremos de encarecer una absoluta tolerancia, pues realmente ¿qué significan ciertas incorrecciones en una obra de ingenio? El mejor concertista saca notas falsas; el mejor literato escribe un desatino; quien analice las obras de Shakspeare ó de Cervantes, de Rafael ó de Murillo, hallará en ellas harto que censurar ¿pero marchitaránse por eso los inmortales laureles que sombrean la frente de estos ingenios?

Generalmente una correccion perfecta no es el timbre primordial del talento, ni tampoco su mejor indicio; al contrario, las medianías son las que se encariñan con la prohibicion, mientras que el hombre eminente, hollando por todo, marcha resuelto á su objeto curándose poco de la confusion que deja tras sí.

Lo que á ninguno puede disimularse, y esto cuanto mayor sea su importancia, es el olvido de la estética, de la filosofía y meditacion que debe acompañar á toda obra de arte para dar un resultado útil en el concepto mas racional, sin cuyos requisitos es perdido el ingenio y ocioso el talento. Las razones en que nos fundamos son las siguientes:

La pintura solo es perceptible á un sentido, la vista; solo es admirable por una calidad, la belleza, y la belleza únicamente se alcanza por un medio, que es escitar aquellas sensaciones que residen en la mente ó en el corazon, y que es preciso ir á buscar al través del órgano visual. Cuanto mejor y mas simpática, y mas poderosa sea la escitacion, tanto mayor será el timbre de la pintura, y entonces mediremos la fuerza del ingenio que, por la hábil mescolanza de ciertos colores sobre una tela, habrá sabido escitar en nosotros los mas vehementes entusiasmos ó los encantos mas deliciosos. Verdaderamente que en otra linea hay para el arte ciertos géneros de belleza que en proporciones modestas se reducen á producir una fugaz complacencia, sin llegar á los grandes sentimientos; bien así como flor vistosa, privada de aroma, ó como beldad inerme desnuda de gracia y animacion; pero ¿qué iniciado se contentará con esto? Ninguno que comprenda la mision del arte; ninguno que sienta arder en su pecho la vehemente llama del entusiasmo.



CUADRO DE FLUIXENCH. — ESPOSICION DE PINTURAS EN BARCELONA (1).

No; no es tal el noble objeto de la pintura. ¿Olvidareis jamás después de verle, aquel agraciado perfil de la Fornarina, que interpretado por un talento gigante os da una idea típica de la Virgen de los amores en su mas interesante personificación? Y si del conjunto de aquellas candidas y adelgazadas imágenes de la edad media extraeis el espíritu fervido del sentimiento que las creó, ¿cómo dejareis de arrebatáros, postrándoos ante ellas, en adoración, por poca fe que vuestro corazón abrigue? ¿Qué es ver la arrogancia del Moisés de Miguel Angel, la beatitud de los querubines de Juan de Fiesole, la verdad de Murillo, la naturalidad de Velazquez, la voluptuosidad del Ticiano? ¿Cuántas creencias vacilantes no habrá fortalecido aquel idealismo sentimental que desde la primera infancia experimentábamos á la contemplación del cuadro, retablo ó imagen, que ora pavorosa, ora compasiva, nos miraba ó sonreía al través de los vapores del incienso ó de los chorros multicolores del cercano ventanal, arrebatando en todos casos con la mayor vehemencia, nuestra infantil imaginación? Recordad tantísimas Sacras familias, Natividades, *Pasmos*, Descendimientos, y otras representaciones de los sucesos del Nuevo Testamento, fundamentales de nuestro dogma que muchas veces habreis contemplado, y sentireis amalgamarse y barulllear todas aquellas santas imágenes, hasta producir una típica y destacada que tomará vida, identificándose en cierto modo con vosotros, y dando una forma tangible á las inspiraciones de vuestra fe. Y si de lo sacro pasamos á lo profano; si traemos á la memoria el justo entusiasmo con que los antiguos alzaban aras á sus artistas, el milagro de Pigmalion, las maravillas del escudo de Aquiles, las gloriosas competencias de Fidias y Praxiteles; si observamos en tiempos modernos todo un pueblo honrando á Rafael, ó un gran rey sirviendo á Ticiano; si aun en nuestros dias una multitud estasiada se agolpa ante los lienzos de David y Vernet; si finalmente á todos nos acontece en los varios períodos de la historia, seguir paso á paso los hombres y las cosas, bajo un sentido material, gracias á los inmensos trabajos amontonados por los pintores ó escultores de diversas épocas; ¿quién du-

(1) Representa este cuadro el can-e verificado sobre el Bidasoa entre el rey de Francia Francisco I y sus dos hijos, enviados espresamente como rehenes, cuando aquel recobró su libertad con arreglo al tratado de 14 de enero de 1526. Es armoniosa y calculada la composición; hay detalles ejecutados con maestría, brillantez en el colorido, expresion y buena luz. Notamos sin embargo algunas impropiedades: el tipo característico del rey, es difícil de reconocer; su traje cortesano parece impropio de una persona que anda de viaje, y á caballo; escasea el lugar en la falda para tanta escena, y aun en la parte histórica, según el relato del mismo Robertson, citado por el artista, parece debieran ser tres las embarcaciones, y componerse la comitiva esclusivamente de caballeros.



SAFO. — ESTATUA DE DON JOSE SANTIGOSA.

dará del mágico poder de ese sublime arte, y no concebirá al propio tiempo la alta misión que le está confiada?

Alta es por cierto, pero ¡ay de los caídos! «La poesía artística, en su acepción mas lata, dice el autorizado Schlegel, ó sea la facultad de imaginar lo bello y reducirlo á una forma sensible para la vista ó el oído, es un don emanado del cielo, accesible á los mismos salvajes, cuyo mérito intrínseco, distintivo de una producción cualquiera, nos arrebatara con abstracción de la forma, abriendo una comunicación directa entre nuestro espíritu y el del artista, y hé aquí el germen de vida de donde brota el verdadero mérito. Hay bajo el dominio de las bellas artes una porción de fenómenos que á primera vista cautivan; pero si nos detenemos á considerarlos, desaparece la ilusión, quedando solo en el fondo, decepción y falacia. El amamieramiento en asuntos de arte es siempre estéril, y esto aun mas la imitación, si el arte no le imprime nueva vida, marcándola con el sello poético. ¿Qué es la naturaleza sin arte, como el arte sin naturaleza? ¿ni qué puede el hombre dar á sus semejantes sino se da él mismo?»

«El bello ideal, observa en otro lugar el poeta filósofo Schiller, es para nosotros una segunda creación que eleva la obra de la naturaleza á la esfera de nuestro querer independiente, conduciendo el espíritu por el enlace de la idea concreta á la idea abstracta, á la percepción esquisita, y siempre con plena libertad entre su fuerza de acción y de resistencia. Y como esta pura impresión estética, piedra de toque del verdadero mérito, no se halla en el positivismo de la vida, debemos buscarla en los brillantes arrebatos de la fantasía, cuando el arte plástico se funde en una completa armonía, rodeándonos con su aureola y poseyándonos de su acción inmediatamente sensible. El mayor timbre del ingenio está en promover la actividad del espíritu sin dejarle adormecer en muelle reposo: es preciso que las obras de arte nos conduzcan al arte, ó que lo susciten en nosotros. Cuando el espíritu se halla dominado por la influencia estética, desarróllase la actividad espontánea de la razón en el terreno mismo de la sensibilidad, ahogando á esta en la ilimitación de su propia esfera, y el hombre físico se ennoblece hasta dejar paso siempre abierto al hombre moral, á medida de su albedrío, y entonces el talento queda en aptitud de hacer lo que quiera y cuando quiera, sublimándose, como halle motivo, á los misterios secretos de la ciencia, ó á los pensamientos mas elevados. El gusto, base de armonía en el individuo, lo es tambien en las sociedades, y cuando él se propaga, propágase á proporcion el sentimiento de lo bello, y la cupidez depone su egoismo, y la hermosura se hermana con las

gracias, y el deber acalla su voz imperiosa para establecer noble alianza con las tiernas aspiraciones del corazón; por fin, la misma ciencia abre sus arcanos al común criterio, y el genio sublimado desciende de las etéreas regiones para rendirle párias, siendo él el que nos infunde un amable prestigio de independencia para ocultarnos nuestra humillante similitud con la materia, y el mismo que tendiendo un velo sobre nuestras necesidades físicas, suaviza los feos rasgos del monstruo, que visto en su desnudez, mancillaría la dignidad característica del espíritu libre.»

Hé ahí el sendero por do el iniciado, mediante la debida cultura del arte, llegará á la cumbre del Pindo, granjeándose á la par los timbres de misionero y apóstol del perfeccionamiento social. Separarse de él, es condenarse á un papel insignificante, en el que no cabe preñez ni galardón; es andarse por las ramas, sin esperanza de conseguir jamás el alto renombre que alcanzaron los héroes del arte. Ahora bien: ¿quién no ambicionará continuar su firma en el album de la inmortalidad, despreciando posiciones equívocas, y si conviene desdeñando los aplausos momentáneos de una generación indiferente? ¿No veis agruparse en lontananza y nadando en vaporosos resplandores, las sombras augustas de aquellos genios á quienes sus obras hicieron imperecederos? En vano la tumba los reclama: su vida no tiene fin: su destino es el de aquellos antiguos dioses intermedios que establecían comunicaciones entre el cielo y la tierra, derramando sobre los mortales los dones de la divinidad. Su voz suscita aun á los escogidos, y conduce á las masas, y en vano se negarán á su influjo los benéficos encantos, las inefables dulcedumbres, las santas, puras y delicadas inspiraciones que convierten el destierro de la vida en eden anticipado, al impulso de los buenos sentimientos y bajo la égida de la religión. ¡Artistas, si os hablamos con tal calor, es porque de corazón ansiamos veros alistados en una falange tan gloriosa!

JOSE PUIGGARÍ.

LOS ECLIPSES EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

Hay en los hombres una tendencia tal á lo maravilloso, que lo propio subyuga y arrastra á las masas ignorantes que á las personas instruidas. Cada página de

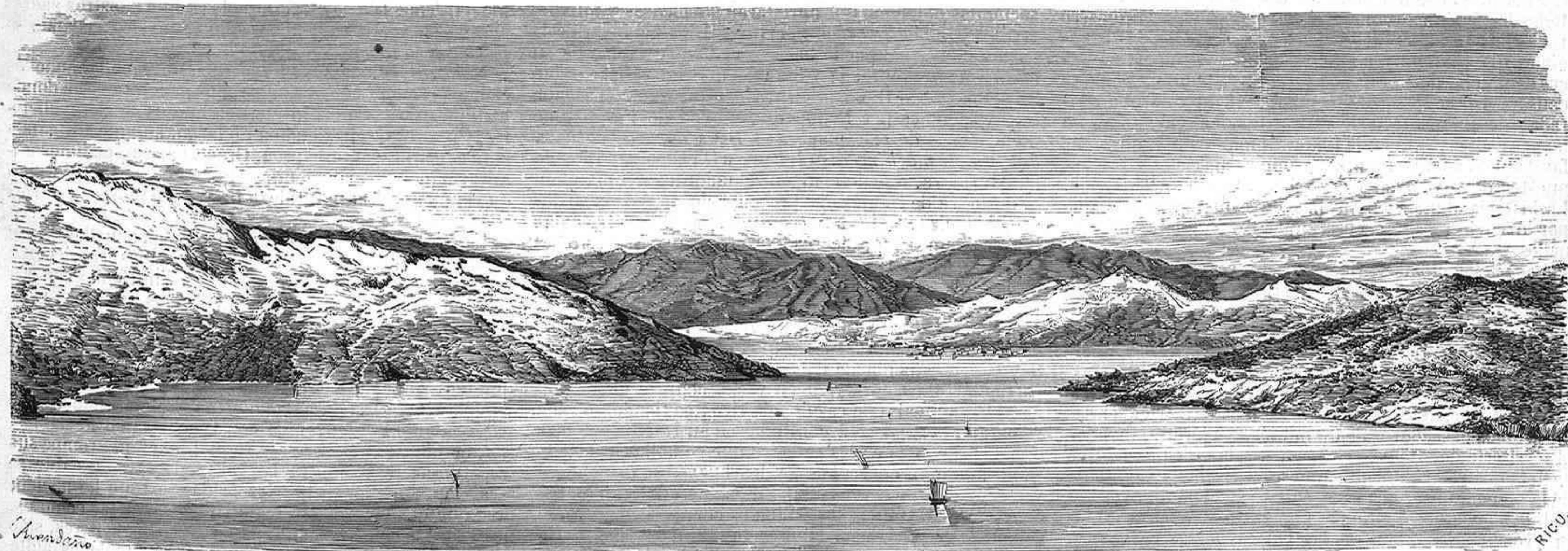
las ciencias y de la historia de los pueblos antiguos es un testimonio elocuente de esta verdad. Y si no ¿qué pueblo, qué ramo antiguo del saber está puro de caprichosas mistificaciones ó de prácticas mas ó menos insensatas? Desde el astrólogo agorero que con mirada escrutadora pretendía leer en los astros el destino de los vivientes, hasta el crédulo alquimista que con loco afán requería á la naturaleza el secreto del elixir de la vida, se extiende un piélago inmenso de ridículas preocupa-

ciones ó de necios desvaríos. Y acaso hoy día mismo en que los destellos de la ciencia difunden por do quiera la mas viva luz, ¿no vemos vacilante el ánimo del sabio ante muchos fenómenos, y no descubrimos en su mente irresoluta la lucha entre la fuerza que le mueve á admirar misteriosos arcanos, y el orgullo científico que todavía se revuelve en medio de su impotencia contra las verdades que no le es dado comprender? Si aun no ha conseguido la ciencia subordinar todos los fenómenos á causas bien pesadas y á leyes por nosotros conocidas, y si la poderosa influencia que ejerce en el orden de nuestras ideas no alcanza á vencer por completo la inclinación á admitir fuerzas irresistibles que funcionan en medio del mayor misterio, no debemos sorprendernos de que esa inclinación suba de punto y se agigante en las vírgenes imaginaciones de los individuos del pueblo. Disculpa tiene la torpe credulidad que inquiere en la palma rasa de la mano ó escudriña en naípe baladí la incertidumbre del porvenir, cuando ha habido un tiempo en que los sabios leían con pulso trémulo el Libro de los Destinos, y en que el senado romano espedia decretos ordenando en trances duros que se consultasen los Libros de las Sibilas. Y disculpa hay tambien para aquellas pusilánimes generaciones que aterrorizadas se postraban á la aparición de veloz cometa ó al sublime espectáculo de unas tinieblas que de improviso velaban la faz de la tierra, pues veían á sus sabios enmudecer ante el curso magestuoso del astro refulgente, ó inclinarse con ademán fatídico la cabeza al lívido aspecto de nuestro globo girando en la sombra proyectada por la luna.

Sobrado injustos seríamos, si hoy, que conocemos la teoría de los eclipses, respondiésemos con la sonrisa en los labios al pánico que se apoderaba de nuestros antepasados al ver desaparecer por momentos el disco del sol y avanzar rápidamente las tinieblas de una noche no menos prematura que inesperada. Cerca está ya el día en que vamos á presenciar tan sublime fenómeno: obsérvense á sí mismos nuestros lectores, y luego digan sin rebozo, si fue mera curiosidad lo que experimentaron, si tan solo tuvieron conciencia de ese sentimiento indefinible que inspira todo hecho grandioso. Tal vez sientan latir con mas violencia el corazón, acaso germinen en el alma ciertas vagas inquietudes, quizás, si pudieran, acelerarian la acompasada marcha de nuestro satélite para que mas pronto cesaran aquellos solemnes momentos, y de seguro al



JOVEN ALEMANA. — CUADRO POR EL SEÑOR SERRA.



VISTA DEL LAZARETO DE VIGO, TOMADO DESDE EL CABO DE LAS BESTIAS.

reaparecer los rayos del sol le saludarán mucho mas placenteros que gozosos le vieron cubrirse. ¿Qué pasaria, pues, en nosotros, si de improviso nos viésemos envueltos en las tinieblas, y al buscar la razon del prodigio no diéramos en ella? A merced de la ignorancia incurriamos en estúpidas aberraciones, y juguetes del terror no habria absurdo que no prohibiéramos.

Por eso los pueblos incultos de la antigüedad marcharon en pos de las mas peregrinas creencias. Los habitantes de la costa de Coromandel vivían en la persuasión de que la causa de los eclipses era una empeñada lucha que el sol y la luna sostenían con un monstruoso dragon de negras garras. Medrosos de que los astros del día y de la noche sucumbiesen en la empeñada contienda, apresurábanse á zambullirse en los rios ó en el mar con agua hasta el cuello, muy convencidos de que con aquella posicion altamente religiosa para

ellos, cobrarían nuevos bríos declarándose la fiera aliada en plena derrota. Con efecto, era el expediente harto ingenioso para que dejara de ser infalible, y muy pronto los rayos del sol doraban otra vez las cumbres de los montes. Los indígenas americanos, encenagados en la idolatría, colegían de los eclipses la cólera que embargaba á sus dioses y para mitigarla ponían en práctica cuantas ridiculeces les sugería su exaltada imaginación. Era lógica semejante conducta. Cuando un pueblo concede á sus dioses todos los atributos de la humanidad, realizados si se quiere hasta lo sumo, es muy consecuente que les crea capaces de cólera y demás pasiones, y que se esfuerce por calmarlas el día en que lleguen á estallar. No menos rudos que los salvajes americanos, los turcos, persas y chinos, cubrían solícitos las fuentes mientras duraba el eclipse por temor de que no viciara los aguas y por cierto que la preocupacion que

concede á los fenómenos celestes marcada influencia sobre los seres de nuestro globo se halla demasiado extendida entre nosotros para que la anatematicemos sin que el anatema nos coja tambien de lleno. ¿Quién no habrá oído repetir cien veces á los labradores que las cortas de árboles deben hacerse en luna llena? ¿Qué habitante de puerto de mar no habrá oído de boca de los pescadores que los cangrejos, mariscos y langostas están faltos de carnes en luna nueva?

Sin embargo, en todas épocas ha habido hombres que se han esforzado en combatir los errores de sus contemporáneos. Gerónimo Cardani fue uno de esos hombres. Con mas dosis de buena voluntad que sobra de ciencia, quiso demostrar que los eclipses, lejos de ser perjudiciales, como en su tiempo se creía, eran favorables. Su teoría fue por demás ingeniosísima. Corría una época en que tan solo eran conocidos siete de los

cincuenta planetas hoy registrados, y para fatalidad de nuestro globo, seis de ellos eran calientes, y uno no mas frío (Saturno). El conflicto que amagaba á la tierra era palmario, pues acumulándose de día en día rayos y mas rayos de calor, se hacia inminente una conflagración general que redujese á pavesas la radiante esfera. Pero Dios sobre todo. Los eclipses se suceden á intervalos y roban el calorico que siniestramente despiden los seis planetas. Aun faltaba el complemento á sus peregrinas ideas, y al efecto para tranquilizar mejor los ánimos, dió por sentado que la influencia de los eclipses, lejos de ser momentánea, se dejaba sentir tantos años ó tantos meses (segun fuera de sol ó de luna) cuantas hubiesen sido las horas de su duracion. He aquí un nuevo dato que deja en los calendarios modernos un vacío que se esmeraban en llenar los antiguos.

Si hombres como Cardani escribian tales desatinos, y si eminencias científicas como Tycho-Brahe inquirian para levantar un observatorio astronómico, el día en que rigiese un astro propicio al proyectado establecimiento, fuerza es transigir con todas las antiguas preocupaciones inofensivas, siquiera por ser inherentes á la naturaleza humana. No nos maravillemos, pues, de que en la edad media se hallara muy arraigada la creencia de que no granaban las espigas en flor sorprendidas por un eclipse. Bien pudo dar la coincidencia casual de una cosecha vana con un eclipse, y en tales casos basta un hecho para difundir ideas que luego solo á fuerza de tiempo y de repetidas observaciones que desmientan la primera, se consigue trabajosamente ir borrando. Pero es de censurar que un pueblo como la Grecia, cuna de la antigua civilización europea, cayese en la risible creencia de que el astro de la noche se encontraba hechizado y de que durante el eclipse descendía á los valles y llanuras para derramar sobre las plantas blanca espuma de nocivos efectos. Entonces para contrarestar los maleficios de los mágicos, lanzábanse los griegos á los campos, calles y plazas, despidiendo infernales alaridos y armando horrible estruendo con toda clase de instrumentos sonoros. Véase por qué al hablar Juvenal de una mujer locuaz, y queriendo ponderar su genio voceador, tomó por término de comparación aquella generalizada costumbre:

..... Verborum tanta cadat vis
Tot pariter pelvis et tintinnabula dicas
Dicas: jam nemo tuas alque æra fatiget
Una laboranti poterit succurrere lunæ.

El igual fundamento tiene lo que Ovidio dice en sus Metamorfosis:

..... aut sub candore rubenti
Cum frustra resonant æra auxiliaria lunæ.

Si la propensión á dotar de un poder sobrenatural á todos los fenómenos que resisten el escarpelo de nuestro raciocinio se halla favorecida por circunstancias especiales que contribuyen á hacerlos mas solemnes, entonces es mucho mas profunda y duradera la impresion que causan. Un eclipse sobrevenido al tiempo de una retirada, de un asalto ó de otra situación cualquiera no menos crítica, está en la índole humana que impresione favorable ó adversamente los ánimos apocados y predisuestos de suyo á dar cabida á supersticiosos augurios. La historia abunda en hechos de esta naturaleza que por lo curiosos merecen algunos ser siquiera mencionados.

Las nacionalidades griegas, desgarradas por intestinas discordias, iban á desaparecer bajo el peso de las numerosas falanges que Jerjes ordenaba contra ellas. La conciencia del comun peligro auna momentáneamente los ánimos que electrizados por los gritos de patria y libertad, en breve dieron buena cuenta de los soldados persas. Pero tras de la victoria retoñan de nuevo los celos, y las ciudades griegas se arman en fiera lid fratricida: los espartanos poseedores de un numeroso ejército, invaden el territorio de Atenas y ponen cerco á la capital, que se defiende valerosamente, mientras Pericles, al frente de la escuadra, saquea las costas de sus enemigos, y les obliga á levantar el sitio para acudir á la defensa de los propios hogares. Mientras las galeras áticas realizaban en el Peloponeso su obra de destrucción (431 años antes de J. C.), ocurre un eclipse total de sol que estuvo á punto de dar al traste con todas sus operaciones de guerra. Apodérase el pánico de los marineros, el piloto abandona la caña del timon, y solo la presencia de espíritu de Pericles fue capaz de conjurar el desastre que amagaba. Quitase el manto, en aquel instante supremo, y echándolo sobre la cabeza del piloto, le pregunta: «Esta capa que te impide ver el cielo ¿puede augurar ó causarte algun daño?» «No, responde el azorado marino;» «Pues entonces, le replica, la diferencia que hay entre una y otra cosa, es que la luna, por ser muy voluminosa, quita á muchos la luz del sol, mientras que la capa te la quita tan solo á tí.»

Por carecer de presencia de espíritu igual á la de Pericles, vióse Nicías capitán ateniense, vergonzosamente derrotado ante los muros de Siracusa. Teníalo todo dispuesto para el reembarque, á consecuencia de varios combates adversos, cuando la luna se eclipsa de improviso. Parecióle que bajo tales auspicios seria loca temeridad insistir en la peligrosa retirada, y sin mas resuelve

no mover sus reales. Cara pagó su imprudente superstición. Aprovechándose los siracusanos de la meticulosidad del caudillo griego, arremeten á sus descorazonadas haces, y las desordenan destrozándolas por completo.

No menos fatal que para Nicías fue para Perseo, rey de Macedonia, otro eclipse de luna. Habia salido con numerosas y aguerridas cohortes al encuentro de Paulo Emilio, cónsul romano, que al frente de menguadas fuerzas entrara por su territorio en son de conquista. Trábase una pelea á la sombría claridad de la luna que se destacaba sobre el horizonte sin que la mas ligera nubecilla se atreviese á disputar á la tierra sus pálidos rayos. Mas hé ahí que de repente nuestro satélite pierde su brillo sin causa ostensible; apodérase de los macedonios un pánico espantoso, y arrojando las armas, abandonan el campo de batalla á las animosas huestes romanas, advertidas ya de antemano por el tribuno Sulpicio Galo del fenómeno celeste que iban á presentarse.

Al infinito podríamos multiplicar los hechos. Por desgracia la historia es sobrado fecunda en guerras y en todo linaje de calamidades, para que los eclipses dejen de presidir sucesos mas ó menos trascendentales en la vida de los pueblos. Un eclipse de luna coincide con la batalla de Arbela; otro del mismo astro con la muerte de Rómulo; un tercero con la de Herodes; Augusto, Carlo Magno, el gran Jerjes, y Enrique I de Inglaterra, vieron auguradas sus muertes por eclipses de luna; el eclipse de sol de 606 trajo una peste de tres meses; el de 680 legó á Roma una epidemia; el de 944, acompañado de un cometa, nos regaló un hambre espantosa; el de 1478 cubre la Italia de inmundia pestilencia; la guerra sacra ó de los focios se inaugura con eclipse de luna; otro de sol anuncia á los griegos la invasion de Jerjes, y en una palabra, apenas se encontrará ningun hecho histórico algo memorable que haya dejado de ir precedido, acompañado ó seguido de eclipses.

Pero, entre ellos, ninguno tan providencial como el ocurrido á principios de la era cristiana. Habia llegado á su término la misión del divino Redentor: clavado en una cruz, allá en el monte Calvario, iba á exhalar el último suspiro de su preciosa vida consagrada por entero á la predicación y á la penitencia, y aun las turbas ciegas le escarnecían sin reconocer en él al Hombre-Dios. No bastaban treinta y tres años de prodigios: era preciso que el enviado del Altísimo se despidiera con un postrer portento que acabase de imprimir el sello de la divinidad á su obra regeneradora. Así lo hizo. Apenas el CONSUMMATUM EST reveló á la dolorida Madre y Virgen, que el espíritu de su Hijo se habia desprendido ya de la corteza carnal, cuando con mas velocidad que la del fuego del cielo, las tinieblas cubrieron el orbe, y retemblando este sobre sus cimientos, transmitió á los pueblos todos la triste nueva. ¿Aconteció un eclipse como otros muchos, aumentado en sus horrores por fuertes sacudidas del suelo que agrietaran las piedras y hundieran los edificios? O bien ¿perturbó Dios las leyes de la naturaleza, cual puede hacerlo al menor asomo de su omnipotente voluntad? Algo mas que un eclipse debió de ser, cuando Dionisio el Areopagita, que se paseaba con Apolón por Heliópolis, ciudad de Egipto, no pudo menos de exclamar: *Aut Deus nature patitur, aut mundi machina dissolvitur.* «O padece el Dios de la naturaleza, ó se descompone la máquina del mundo.»

Basta ya de infundadas preocupaciones ó de casuales coincidencias, y siquiera sean no mas que cuatro palabras, digamos algo acerca del efecto que los eclipses producen en los animales. Estos dan en sus actos un fiel reflejo de sus sensaciones internas sin mezcla de sentimientos extraños, y por lo mismo son dignos del mas detenido estudio. Ya en su tiempo dijo Plinio *namque defectum syderum et cætera pavent quadrupedes*, y hoy con mas copia de datos, puede hablarse sobre el particular. Háse observado en varios eclipses que en general los animales de carga y de tiro, se tienden ó bien se paran, negándose á continuar en su trabajo por mas que se les castigue; los ganados que se hallan paciendo se arremolinan en grupos, y los bueyes se disponen á veces en círculo y presentan sus astas cual si les atacara algun enemigo; los polluelos corren á guarecerse debajo de las alas de su madre; los animales sueltos se apresuran á refugiarse bajo techo; las hormigas se paran donde se encuentran; los murciélagos, lechuzas y demás aves crepusculares y nocturnas, salen de sus nidos ó madrigueras figurándose sin duda que se ha anticipado la noche; alguna que otra vez suelen despedir los perros ahullidos lastimeros, si bien lo general es que lo propio ellos que los demás animales, se muestran tranquilos aunque cabizbajos. Tan solo muchas avejillas dan señales evidentes de terror, pues vuelan aturdidas, se estrellan contra las paredes y ramas, y varias caen muertas al suelo.

Hoy, merced á los progresos de la astronomía y á la anticipación de los anuncios, apenas inspiran al hombre los eclipses mas que un sentimiento de curiosidad, mezclado con respeto y si se quiere hasta con cierto recelo mal encubierto. Con todo, aun hay personas que se encierran en sus cuartos sin atreverse á salir, abundan las que no cesan de dirigir oraciones al cielo, y tampoco escasean las que preferirian ver borrados los eclipses del catálogo de los fenómenos celestes; pero á estos seres tan meticulosos les diremos: *A signis cæli nolite me-*

tuere quæ timent gentes, quia leges populorum vanae sunt. «No os inspiren recelo, como al vulgo, los fenómenos celestes; porque son vanas las leyes de los pueblos.» (Jeremías, c. X). Y avanzando algo mas esclamaremos con Sócrates:

QUÆ SUPRA NOS, NIL AD NOS.

JOSE MONLAU.

VIAJE PINTORESCO POR LA RIA DE VIGO.

I.

Hermosísima era una tarde de setiembre en que abandonando el poético y escondido pueblecillo, mejor dicho, aldea del Ulló, nos dirigiamos hácia el solitario y desconocido embarcadero en donde atracan las lanchas que hacen su diario viaje desde aquellas floridas orillas á la cercana ciudad de Vigo.

Estaba tan sereno el cielo, tan sosegada y transparente el agua, era tan fresca y suave la brisa que venia del mar, se mostraban á nuestros ojos tan indolentes y perezosas aquellas lanchas que dejaban caer sobre el palo la lona que el mas ligero soplo podia hinchar en un momento, que es imposible describir con exactitud, lo que pasó por nosotros en el momento en que saltamos á bordo y sentimos bajo nuestros pies, moverse el océano como una fiera que reposa cansada de una larga lucha.

Casi al mismo tiempo que los marineros daban las voces usuales entre ellos, y la lancha se apartaba lentamente de la orilla, las gaviotas volaron alrededor nuestro, describieron un ancho círculo sobre nuestras cabezas, lanzaron su agudo chillido y se alejaron dirigiéndose hácia las islas de San Simon.

La soledad y el silencio que rodea aquella parte de la playa donde nos embarcamos para dar principio á nuestro paseo, ó escursión por la poética ria, cuya sábana azul se confundia con el horizonte, eran tan agradables, y tan misteriosos al propio tiempo, que el alma parecia querer cubrir con sus alas tan solitarios y pintorescos lugares.

Solo la gaviota turbaba aquel silencio, con el ruido metálico de sus alas, solo la voz del marinero, que cantaba en la popa de la lancha esas canciones monotonas y melancólicas que parecen ser patrimonio de las gentes de mar, hendia aquellos aires puros y temblaba sobre las olas apenas rizadas por la brisa.

Dejamos á nuestra espalda el puente de San Payo, célebre en Galicia, por sus esquisitas ostras, y por la sangrienta victoria conseguida por indisciplinadas hordas de montañeses contra las águilas vencedoras en Arcole y en Jena. Día de gloria aquel, en que nuestros padres enseñaron á otros pueblos, cómo se pelea, cuando se pelea por la independencia de la patria.

Nosotros saludamos desde nuestra lancha aquellos campos regados con la sangre mas generosa, y en donde blanquean todavía los insepultos huesos de cien valientes, y nos fuimos haciendo á un largo, aunque costearo para coger el viento de proa. Gracias á esto, pudimos admirar aquellas orillas misteriosas que no parece sino que la mano de la naturaleza ha vertido sobre ellas todos sus encantos.

Las ramas de los arbustos se mojan en aquellas aguas amargas: á cada paso, pequeñas ensenadas, caprichosas rompientes en donde saltan las olas cubriendo con sus espumas las rocas resbaladizas, blancos arenales, vertientes elevadas en cuyos picachos podeis admirar muy bien el pescador de caña, que ve diariamente cómo el sol hace su curso ordinario de oriente á ocaso, chozas, quintas, ruinas silenciosas, escalonadas á lo largo de aquella ribera frondosa, todo esto os sale al encuentro y parece daros la bienvenida con la sonrisa en los labios.

Amo el mar rugiente, amo aquel mar, que rompe sus impetuosas olas, contra las rocas descarnadas que se alzan en aquellas solitarias orillas en que he nacido; creo que el mar necesita, para mostrarse tal como es, no dormirse como una sultana en un lecho de flores, sino levantar la cabeza irritada, cuyas verdes melenas agite el viento de las tempestades. Amo el largo y desierto y estéril arenal en que no brota la mas ligera planta, las rocas peladas, agrietadas, aguzadas por el viento salado y por las olas que al romper á sus pies las cubren de espuma, amo todo esto porque es el mas grande, el mas sublime, el mas imponente espectáculo de la naturaleza; cualquiera dirá que en aquella playa árida y blanquizca, sobre aquellas olas levantadas eternamente y entre aquellas rocas surcadas por hondas grietas, es donde tiene su mansion el genio de las tormentas; pero ¡cuán hermosas no son las orillas que íbamos admirando conforme nos acercábamos al lazareto!... ¡cuántas y cuán diversas y dulces impresiones no causaba en nuestra alma aquella vegetación lozana, oreada por las brisas del mar que todo lo queman en otras costas!...

Es necesario visitar la ria de Vigo, cruzarla como lo hemos hecho nosotros desde la punta del Ulló, hasta las islas Cies, para comprender en toda su verdad, la belleza de aquellos lugares todo hermosura.

Las montañas que forman ambas orillas, parecen

mas bien floridos valles á cuyos piés murmura indolente un fértil riachuelo, y sin embargo es el mar el que tiende sus aguas azuladas de una á otra banda, como se dice en aquellos lugares. El sol que se ponía en el mar y que empezaba ya á agrupar sobre el horizonte esa legión de nubes que parecen dulces amigos que se alejan con él, tenía de rosa y de oro el arenal y las cumbres que se alzaban á nuestra espalda.

Nuestra lancha caminaba con bastante lentitud y los gritos con que saludábamos á las demás embarcaciones que pasaban de largo, eran interrumpidas apenas por la voz del patron que mandaba la maniobra, con la misma gravedad que si se hallase á bordo del mas hermoso buque de todos aquellos que alzaban sus palos, por detrás de los muros del lazareto.

Nuestro rumbo se dirigía hacia este sitio, y efectivamente, al caer la tarde admirábamos las espaciosas rampas, el embarcadero, y la sólida fábrica de aquel edificio situado en las islas de San Simon.

Nosotros, como no éramos ni siquiera apestados, no pudimos hacer otra cosa mas que acercarnos á hablar con el alcaide desde las rejas que la prudencia, que en aquellos sitios tiene el nombre de medida sanitaria, interpuso entre los curiosos, y los que purgan en aquel destierro la culpa de venir de otros países de donde podían muy bien traernos algunos huéspedes bastante molestos. Sin embargo, desde el terrado nos saludaron con demasiada alegría para prisioneros y mucho mejor color para enfermos, los que en aquella sazón hacían cuarentena.

II.

—¿No preguntas nada acerca de la historia de esas islas, hoy al servicio de la humanidad, como en otro tiempo al servicio de Dios?—me dijo uno de mis amigos—¡Malditos seas, añadió, todos los que tenéis la dicha de llamaros poetas; pues veo que pasáis á dos pasos de la poesía y le volvéis la cabeza desdeñosamente y con el aire de grandes señores!..

—¿Qué quieres—le contesté—yo no hallo en todos aquellos sitios mas poesía que esta,—y le enseñé al propio tiempo un lirio cárdeno, cogido en una de las vertientes de la isla.

Mi amigo se sonrió, y despues de quedarse con el lirio que yo tenía como un recuerdo de aquellos sitios, añadió:

—Debias, sin embargo, preguntar algo acerca de la historia de esas islas que dejás á tu espalda; la historia, la tradicion y la poesia, son tres hermanas que casi siempre se hallan juntas en especial estas últimas: nada quiero decirte acerca de las tradiciones, tú sabes cuán rica es en esta especie de dones nuestra querida Galicia, pero de la historia de esos lugares de que no guardarás en adelante mas que un pequeño recuerdo, puedo contarte alguna cosa.

—Ya sabes—respondí yo que todo lo que sea levantar de su sudario de olvido, algo de las pasadas generaciones, agrada siempre á los corazones ya que no de poetas, entusiastas á lo menos. Cuenta, pues, anima esos benditos trozos en que florece la rosa silvestre, y mientras los demás duermen en el camarote, y la noche se acerca, y la lancha se adelanta suavemente hacia la cercana ciudad, podemos muy á nuestro sabor, entregarnos á esas locas reflexiones, á esos pensamientos que saben dar forma al pasado y revestir de poesia y dar animacion, á lo que no es ya mas que un eco de otros hombres y de otras creencias.

Y tendiéndonos sobre la cubierta de proa, mirando cómo dejaba la lancha un rastro de luz plateada que parecia iluminar ambos costados, y tapándonos con nuestros abrigos porque empezaba á caer una menuda lluvia, fué mi amigo haciendo el papel de Cicerone y al propio tiempo que me referia la historia de las islas, solia intercalar algunas palabras acerca de su vida íntima, que yo escuchaba con tanto placer cuando menos, como la amplísima reseña que me iba haciendo de las vicisitudes porque habian pasado las islas desde que las perdieron los templarios hasta que se apoderó de ellas el actual lazareto que parece no se halla muy dispuesto á abandonarlas.

—Te he dicho—interrumpió mi amigo, que hoy están al servicio de la humanidad, como en otro tiempo al servicio de Dios, y esto es la verdad. Dejaremos á los curiosos el trabajo de averiguar si el nombre de *Burbi-da*, que segun Huerta, era Redondela, en el itinerario de Antonino, se habia hecho extensivo como quiere aquel autor á estas islas por hallarse cercanas á aquel puerto; poco adelantamos con saberlo, y lo único que te diré es que pertenecieron á los templarios desde el año 1118 hasta el 1212 en que fue estinguida esta orden, á quien su fin desgraciado ha valido mas simpatías de las que creo que es merecedora.

Dos siglos despues aun existia sin notable detrimento la iglesia que habia alzado en ellas aquella orden de caballería, tanto que en 1517 se apoderó de ella el fundador de la orden de Recoletos de San José, y la hizo mas tarde el centro de donde salian los fundadores de monasterios de la misma orden en los demás pueblos cercanos. Estinguida esta, quedó como convento de observancia, hasta que la irrupcion de Francisco Drake en aquellas costas obligó á los monjes á abandonar tan poético re-

tiro. Abandonado por completo hubiera quedado, si el Señor que de todo se apiada, no enviase por los años de 1567 una peste que sentó sus reales bastante cerca de Pontevedra, para que los monjes de San Juan del Poyo pensasen en retirarse á un sitio menos espuesto al peligro, para que Dios les permitiese pasar algunos años mas en este valle de lágrimas, entregados á la oracion y la penitencia, y esperando con fervorosa ansia aquel precioso momento en que la muerte desatase al espíritu de los lazos groseros que la unian á la tierra. Los monjes escogieron entonces para refugio, el abandonado monasterio de la isla de San Simon; pero ¡cuán rápida es la ventura humana!... pasada la peste, los monjes volvieron á San Juan del Poyo y el feliz monasterio á su soledad y á su tristeza. No se oían ya los cánticos sagrados, y seria regular que aquel apartamiento durase mas años, quizá siglos, si la orden de San Francisco no recordase que tenía derecho á su posesion. Recuperólo, pues, no sin tener una cuestion con los monjes del Poyo que pretendian tener á su vez derecho por haber vivido en él los cinco años que durara la peste, de modo que los religiosos de San Francisco podian repetir oportunamente en esta ocasion aquel refran que dice: *de fuera vendrá quien de casa nos echará*. Las diferentes irrupciones inglesas, que tuvieron lugar algun tiempo despues, no les permitieron gozar sin zozobra, el placer de vivir bastante apartados del mundo; la desgracia de 1702 les hizo abandonar otra vez el convento, y las nuevas invasiones enemigas que sucedieron á esta última, les obligaron á buscar un lugar mas seguro que aquel y menos espuesto á las profanaciones de tan desalmados herejes, como eran los ingleses y holandeses que solian visitar de cuando en cuando y en son de guerra estas serenas aguas porque se desliza nuestra lancha. Efectivamente, en 1746 la comunidad se trasladó al nuevo monasterio construido tierra adentro, y desde entonces la isla quedó abandonada y solitaria, brotaron por donde quiera las plantas silvestres, la población de seres fantásticos la crédula imaginacion del marinero, y dicho está con esto que la poesia la cubrió con su manto. Ya sabes—prosiguió mi amigo, despues de señalarme la farola que desde la cumbre de nuestra señora de la Guia vierte su hiaz de luz sobre las olas y sobre el horizonte,—que la riqueza de los antiguos monasterios consistia en el mayor ó menor número de milagrosas y santas reliquias que poseian: ten entendido, pues, que el nuestro, habia logrado, como los demás poseer las piadosas reliquias de Tomás Masphlet ó Masket, mártir, que aunque inglés gozaba de buena reputacion y era bastante estimado en las islas, desde que á ellas le trajo nuestro embajador en Inglaterra don Antonio Sarmiento de Acuña.

MANUEL MURGUIA.

ANÉCDOTAS.

El hijo de Alejandro Dumas dijo una vez á propósito de la vanidad del autor de los Mosqueteros.—Es tan vanidoso mi padre, que es capaz de ponerse á la testera de su carruaje porque crean que tiene negro.—Bien sabido es que Alejandro Dumas, padre, es mulato.

Discurrían dos espectadores al teatro de Oriente por qué se llamaria *Paraiso* á la parte mas alta de aquel coliseo.—Será, dijo uno, porque respecto á las butacas, está en el cielo.—No, añadió un tercero, es porque allí se comen tambien manzanas.

Quejábbase un padre, delante de una célebre mujer francesa que aborrecia las citas, de que su hija no tenia memoria.—¿Qué feliz sois, replicó ella al momento, con eso no citará.

Una mujer hermosa solia decir muchas veces que si ella hubiese asistido al consejo del Cria lor, cuando formó la criatura humana, le hubiera aconsejado que pudiese las arrugas debajo de los talones.

Un clérigo algun tanto duro de cabeza, presentándose al obispo para que le concedieran la prima tonsura, respondió medianamente á las primeras preguntas, pero habiéndole este mandado que tradujese las palabras del Credo: *Passus sub Pontio Pilato*, etc., tradujo el clérigo con la mayor serenidad.—Pasó por el puente de Pilatos—¡Asno! exclamó el obispo, y el examinante corrigiéndole tradujo.—Pasó bajo el puente de Pilatos!—¡Bestia! interrumpió de nuevo el prelado.—Pero ilustrísimo señor, replicó el clérigo tolo aturdido,—si no pasó por arriba ni por abajo, ¿por dónde ha pasado?

Un prelado alemán tenia entre sus subordinados un eclesiástico bastante tonto, el cual era aficionado á aplicar á todas sus respuestas el vocablo latino *distingo*. Un día queriendo el prelado en una numerosa concurrencia burlarse de su tontería, le dijo seriamente.—Sr. D. Tadeo, ¿podremos en caso de urgencia bautizar un niño con caldo?—*Distingo*, respondió inmediatamente el interrogado, con el caldo de la cocina de V. S. I. no señor, porque seria un gran pecado; pero con el de la cocina del hospital que S. S. administra si que se puede bautizar, porque si no es agua pura, poco le falta.

Al prestar Talleyrand el juramento á Luis Felipe, le dijo con graciosa sonrisa.—Señor, pues, ya van trece....!

Cuando los ingleses, á las órdenes de Nelson atacaban á la escuadra hispano-francesa en Trafalgar, el primer subteniente del buque *Venganza*, al pasar revista á sus tercios, observó que un marinero estaba arrodillado al lado de un cañon y en una actitud tan poco usual en un marinero inglés, que escitó su sorpresa y le obligó á preguntarle si tenía miedo.—¡Si tengo miedo! replicó el marinero, no, rogaba á Dios para que los tiros del enemigo se distribuyesen á proporcion de los sueldos, la mayor parte entre los oficiales.

Quería la Asamblea francesa empezar una proposicion al rey con esta frase.—La Asamblea trae á los piés de V. M. una ofrenda, etc.... Mirabeau se levantó entonces y dijo friamente. La magestad no tiene piés.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Los ánimos han estado ocupados en la última quincena con el resultado de los debates judiciales que se han celebrado en Francia para fallar la causa de la tentativa de asesinato cometida por Orsini, Pierri, Rudio y Gomez en 14 de enero contra Luis Napoleon y su esposa en el momento de llegar estos al teatro de la Opera. Convictos y confesos del hecho, el tribunal condenó á muerte á los tres primeros, y á cadena perpétua al último; pero conmutada la pena de Rudio, solo han subido al patíbulo, segun avisa uno de los recientes partes telegráficos, los actores principales de este drama, Orsini y Pierri.

Las circunstancias del atentado, las consecuencias que ocasionó y las que podría haber traído consigo, y sobre todo el instrumento de destruccion que emplearon sus autores, no podian menos de impresionar vivamente al público. Ya nuestros colegas de la prensa política han dado *in extenso* (algunos á fuerza de garrafales gállicos) la acusacion, la defensa, el interrogatorio de los acusados y las declaraciones de los testigos en el tribunal. Nosotros presentaremos por complemento de estas noticias un dibujo que representa el instrumento de muerte empleado para el delito de que se trata. Sabido es que este se perpetró arrojando los acusados tres bombas debajo del coche de Luis Napoleon, las cuales cargadas de fulminato de mercurio, hubieron de estallar al recibir el choque violento del enlosado, sembrando en derredor la muerte y la consternacion, y todos los que conocen hasta qué punto es peligrosa esa sustancia, por su disposicion á inflamarse, comprenderán el esquisito cuidado y la serenidad que han sido menester para preparar las bombas, invencion al parecer de Orsini. Estas bombas se mandaron hacer en Birmingham, y el grabado que damos está tomado de una fotografia de la que existe en poder de las autoridades de aquella ciudad.

Este terrible instrumento es hueco, de acero pulimentado y tiene la forma de un cilindro de unas diez pulgadas de largo y seis de diámetro, terminado por dos extremos esféricos. Uno de estos extremos está armado de veinte y cinco chimeneas atornilladas, provistas de pistones, que por el choque con el suelo comunican la inflamacion al interior. El cilindro tiene esteriormente un ligero bronceado, sin duda para ocultar el pulimento del acero y hacer menos notable el objeto á la vista; su espesor es como de media pulgada, un poco mas delgado en el extremo superior, á fin de que teniendo mas peso en la parte donde están colocados los pistones, caiga siempre del lado de estos y produzca sus efectos. El maquinista que hizo estas bombas no tenia la menor idea de que fuesen refugiados políticos los que le daban las instrucciones para hacerlas, y creyó que se trataba de un experimento científico propio del arte militar, de los que todos los dias se están haciendo en Inglaterra. Como el arte de matar se ha elevado á una gran perfeccion, y á cada momento se inventan nuevos métodos y procedimientos; como no solamente se ha perfeccionado, sino que desde tiempo inmemorial está declarado una de las ocupaciones mas nobles y legítimas en que puede emplearse el hombre, que adquiere por él honores, gloria, riquezas y hasta una ó mas páginas en la historia, el maquinista de Birmingham no podia extrañar que se le encargara una obra semejante, ni tenia para qué preguntar su destino. ¿Qué le importaba que aquella máquina fuese á sembrar la muerte entre los cafres ó entre los chinos, en las filas de los cipayos de la India ó entre los salvajes de la Nueva Zelanda? Y no se puede hacer cargo alguno á Mr. Taylor (asi se llama el fabricante), porque si se obligara á los que construyen instrumentos de guerra á averiguar el destino de los que se les encargan, y á no construir sino los que tuvieran un destino inocente, de seguro tendrían que cerrarse todas las fábricas de esta especie. ¿Cuándo llegará el dia en que todas se cierren por inútiles! Deseo mas cristiano que posible en el siglo en que vivimos; pero mas posible hoy que en los tiempos anteriores, lo cual nos hace tener cierta confianza en el porvenir.... de nuestros nietos.

Dejando ya este triste asunto, anunciaremos á los artistas españoles, que uno de estos dias se espera ver en la *Gaceta* la convocacion para una gran exposicion de bellas artes que ha de verificarse en mayo en los salones de la Trinidad. Acerca de la que se ha abierto en Barcelona, publicamos hoy un artículo escrito por persona competente, y sobre la de Madrid no escasearemos cuanto de ella pueda dar una cabal idea. Otra esposicion, pero esta de productos agrícolas, se anuncia en Sevilla para el 15 de abril, que durará hasta el 25. Estas solemnidades son

muy convenientes para estimular las artes y la industria y para dar á conocer las necesidades que con mas urgencia deben satisfacerse. La última exposición de agricultura y la que próximamente se efectuará en Sevilla, señalan á la atención del gobierno una mejora que ya no debe demorarse por mas tiempo, la de la rapidez y facilidad de las comunicaciones. Todo el continente europeo está unido por alambres telegráficos; comienzan á unirse las islas al continente; Inglaterra lo está ya; la Sicilia acaba de ponerse en comunicación con Nápoles por medio de un cable; otro cable se dirige al Africa; ¿y las Baleares? ¿y las Canarias? ¿Qué ha resultado de las comisiones enviadas á unas y otras islas para llevar á cabo su union telegráfica con los puertos de Barcelona y Cádiz? Preciso es que fijemos la atención en este punto para que no quedemos á la zaga aun de las naciones de menor importancia.

Dijimos en la última revista que pensábamos observar el paso de Venus por la Zarzuela, y aun pronosticamos que este planeta se detendría algun tiempo sobre el horizonte de la calle de Jovellanos. Así ha sucedido en efecto: todavía duran las representaciones de esta pieza, favorecidas por una gran concurrencia, que acude á ver el efecto de la feliz combinación del aparato escénico, de la música y de la leyenda fantástica. No es en verdad muy rica de fantasía la obra del señor Vega, arreglo de la que compuso Scribe hace bastantes años con el título de *El caballo de bronce*; algo de mas maravilloso podría habernos dado si hubiese querido penetrar con su imaginación en el imperio de las hadas y de los genios. Ya que quiso presentarnos los habitantes de otro planeta, algo mas pudiera haber inventado que convertirlo en un convento de monjas sin votos, á quienes un caballo de

del coliseo. La *Fonti* es un drama pantomímico y bailable. ¡Drama bailable!... Adelante, que á esto y mucho mas nos hemos de acostumbrar con el tiempo. Allí se nos presenta á una joven bailarina á quien un joven magnate requiere de amores. Ella le paga su cariño, segun se deduce de un pasito menudo que baila la Priora; pero el padre, ¡tirano padre! separa á estos dos danzantes, haciendo que el joven dé la mano á una princesa. Esto, como es natural, causa un profundo dolor á la protagonista, la cual muere *di cordoglio* bailando la tarantela. Lo mejor es el primer acto, donde hay un baile titulado *Céfiro y Flora*, perfectamente desempeñado por la Priora. Los trages y decoraciones lujosos y apropiados.

En el Circo se ha representado con aplauso el *Reloj de San Plácido*, drama original de don Narciso Serra. La tradición supone que Felipe IV, enamorado de una monja del convento de San Plácido, trató de seducirla, y que debiendo penetrar una noche en aquel asilo, las demás monjas pusieron á su compañera en un ataúd rodeado de hachas y comenzaron á rezar el oficio de difuntos al ver entrar al rey. Daba en aquel momento el reloj y espantado S. M., desistió de su real propósito, y espidió un real decreto para que aquel reloj tocase á muerto siempre que diese la hora. En efecto, el reloj de San Plácido á cada hora que da, toca despues un pequeño clamor funeral.

Esta tradición es la que ha dado origen al drama del señor Serra, el cual si salvamos la grandísima inverosimilitud del primer acto, fundamento de las escenas de los otros dos, ha hecho una obra de gran mérito. El padre de doña Ana encuentra al rey Felipe IV rondando su casa de incógnito; se acerca á reconocerle y le hace desembozar á la fuerza. Por este desacato el rey le impone por castigo que le abra el mismo la puerta de su casa y del aposento de su hija. El hidalgo se encuentra en grande apuro; no quiere desobedecer al rey ni deshonorarse, y concibe el proyecto de abrirle la puerta y quitarse la vida en el umbral. De este proyecto le disuade su hija haciéndole ver que es mucho mejor que ella muera, y en efecto, el padre le da una puñalada y cae á tiempo que llama el rey y se encuentra con el cuerpo inanimado de su amante.

Pero la niña, como es de suponer, no ha muerto: trasladada al convento de San Plácido para darle sepultura, vuelve en sí; acude el médico, la cura y en una visita que hace el rey al convento se le presenta como una sombra para despedirse de él. Felipe IV, que no

crece en apariciones, la sigue y la encuentra tendida en un ataúd rodeada de luces é insensible por efecto de un narcótico. Entonces hace la concesión del reloj al convento. Todas las escenas del drama están bien enlazadas, los caracteres bien sostenidos; la versificación es buena, y los chistes en algunos pasajes están bien colocados. Hay sin embargo la grave inverosimilitud fundamental. Ningun noble ni plebeyo español, ni de este siglo ni de los anteriores, imbuido en las máximas del honor como el padre de Ana, piensa por un momento obedecer un mandato como el que le hace Felipe IV, aunque sean, no decimos un rey, sino todos los reyes y emperadores de que hablan las historias los que le den semejante orden. Aquel padre diciendo que no tiene mas remedio que matarse porque el rey le ha mandado que le abra la puerta de su casa, nos parece un pobre hombre. Florencio y Julian Romea desempeñaron bien su parte.

la Teodora debe esforzar algo la voz si no quiere condenarnos á estar siempre en primera fila de orquesta.

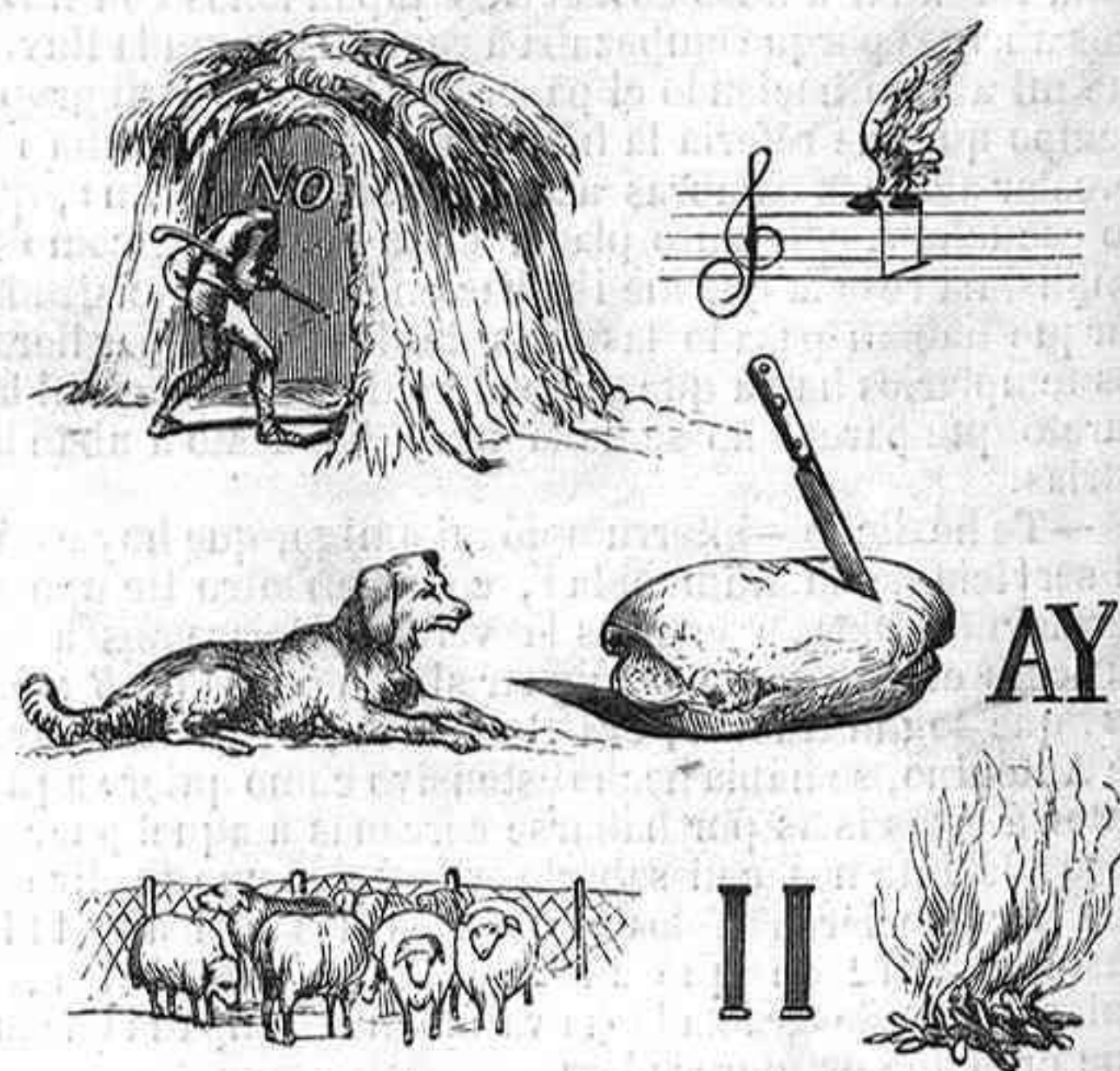
En Novedades se ha representado el *Hijo natural*, producción del hijo de Alejandro Dumas. La traducción y representación de este drama tiene una historia que aun no ha terminado. Hablaremos de ella próximamente.

En el teatro francés le *Camp des revoltés*, le *piano de Berthe* y *les lanciers*, graciosas piezas, perfectamente desempeñadas, han tenido el éxito que merecían.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.



SOLUCION DEL ANTERIOR.

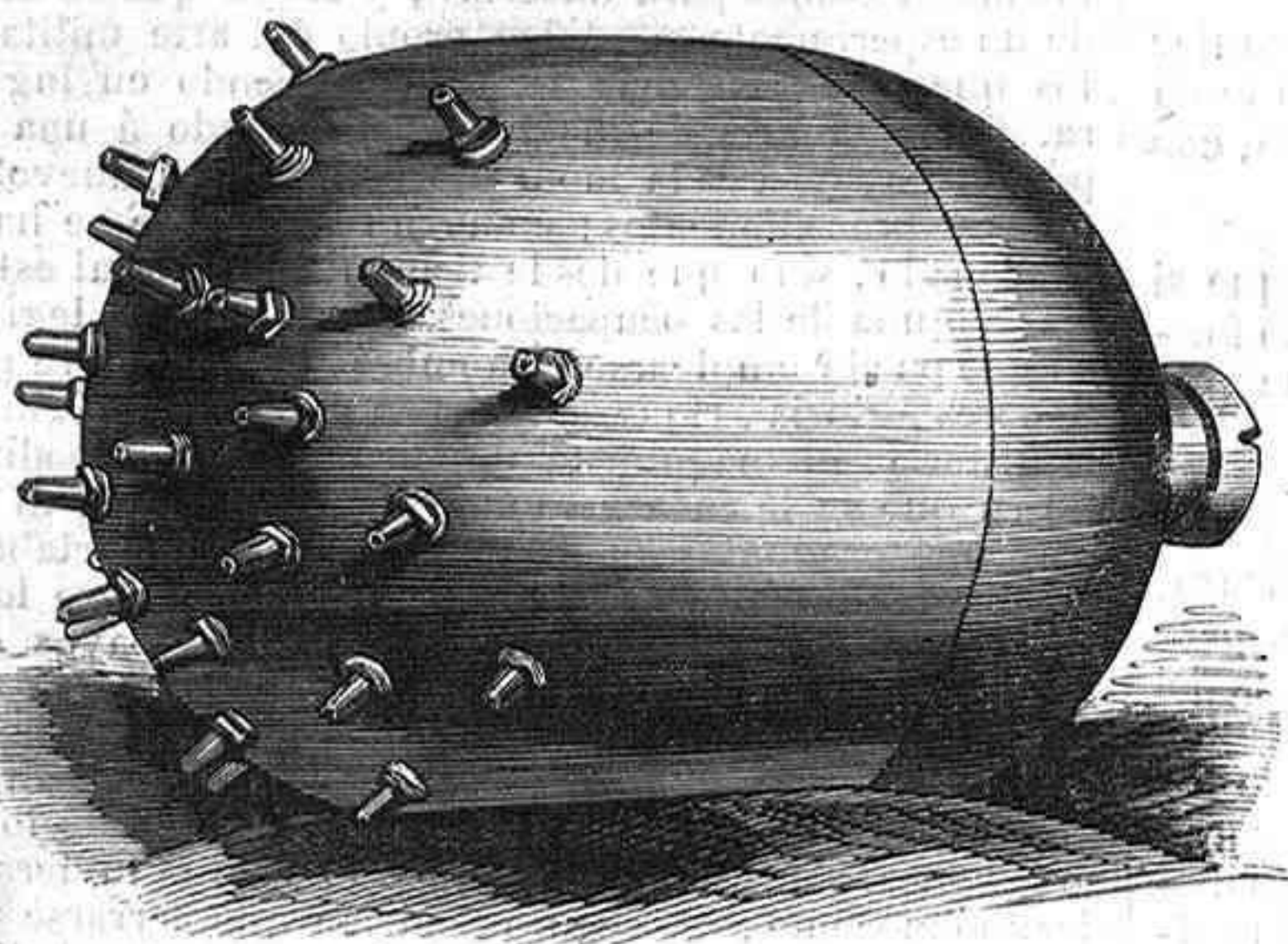
Mientras mas vieja mas pelleja.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE. 4. 1858.



PASEOS DE MADRID. — EL D'OS DE MAYO.
VICTIMAS DE LA POLITICA INTERIOR.



COMBA DE LAS QUE SE EMPLEARON EN EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO.

bronce sirve de demandadero. Así y todo, como los arreglos del señor Vega son siempre de mano maestra, la zarzuela entretiene y agrada. En cuanto á la música, es digna de la reputación del señor Arrieta: el final del segundo acto y el coro de las arpas en el tercero, son de grande efecto: hay tambien algunos duos que merecen los honores de la repetición. Por último, la empresa y los actores se han esmerado esta vez; la Zamacois hace cada día mayores progresos.

El teatro de Oriente nos ha dado un baile nuevo, *La Fonti*, en que han tomado parte todas las Willis y ondinas